

to, por su fe ardiente y austera, por su áspera curiosidad inquisitorial, tenían realmente algo de sacerdotes.

Poco á poco fueron formando una especie de clero revolucionario, y Robespierre llegó á ser el jefe de este clero.

En este papel mostró una gran prudencia, tomó pocas iniciativas por propia cuenta y se limitó á ser el órgano de los jacobinos, repitiendo sus opiniones sin modificarlas.

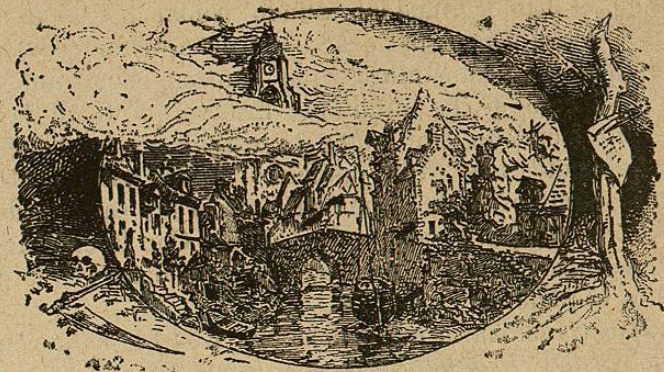
Esto se notó especialmente al tratarse la cuestión de la forma de gobierno. La unanimidad de los documentos enviados por las provincias á los Estados generales, hizo creer á los jacobinos que la Francia entera era realista. Entonces Robespierre quiso un rey; no un rey *representante* del pueblo como lo quería Mirabeau, sino *delegado del pueblo y comisionado* por él, y por consecuencia responsable.

El admitía, como casi todo el mundo entonces, esta absurda hipótesis de un rey que se conformara con estar en el trono agarrotado y amordazado, el cual no podría morder; pero que atado de tal modo, había de resultar inútil y hasta perjudicial.

Los jacobinos eran entonces como los creía Barnabe y como lo fueron casi siempre, hasta en los momentos más violentos de la Revolución; una sociedad de equilibrio.

Robespierre decía hablando del *Cordelero* Camilo Desmoulins y con mayor razón de otros cordeleros más impetuosos aún: «Van demasiado aprisa, y si caen se romperán el cuello. París no se ha hecho en un día y hace falta más de un día para deshacerlo.»

La audacia, la gran iniciativa revolucionaria, estuvo en los cordeleros.



CAPITULO VI

Los Cordeleros

Historia revolucionaria del convento de los Cordeleros.—Individualidades del club de los Cordeleros.—Su fe en el pueblo.—Su impotencia de organización.—La irritabilidad de Marat.—Los Cordeleros son jóvenes aún en 1790.—Embriaguez de este momento.—Aspecto interior del Club de los Cordeleros.—Anacharsis Clootz.—Doble espíritu de los Cordeleros.—Uno de los retratos de Danton.

Casi enfrente de la escuela de Medicina existe en el fondo de un patio una capilla de estilo pesado y austero.

Es el antro sibilino de la Revolución: el Club de los Cordeleros.

Allí tuvo la Revolución su delirio, su trípode, su oráculo. De techo bajo y apoyada en dos contrafuertes macizos, esta construcción parece eterna; sin temblar ha escuchado mucho tiempo la tonante voz de Danton.

Actualmente es un triste museo de cirujía y contempla toda clase de sabios horrores. Su parte posterior está compuesta de salas oscuras, donde sobre mesas de mármol negro son disecados los cadáveres.

El hospital vecino y la capilla eran antiguamente el refectorio de los Cordeleros, y su escuela famosa, la capital del misticismo, donde venía á estudiar Santo Tomás. Entre los dos edificios se elevaba antes la iglesia inmensa y sombría nave poblada de mármoles funerarios. Todo esto se halla destruído en la actualidad. La iglesia subterránea que se extendía por debajo sirvió para la imprenta clandestina de Marat.

¡Extraña fatalidad de los lugares! Este convento donde se aposentó la Revolución fué desde el siglo XIII el lugar de los revolucionarios. Cordeleros frailes y Cordeleros revolucionarios, mendicantes y *sans culottes*: no hay entre ellos tanta diferencia como parece. La disputa religiosa y la disputa política, la escuela de la Edad Media y el club del 90 son más opuestos por la forma que por el espíritu.

¿Quién construyó esta capilla? La misma Revolución en el año 1240.

En ella se dió el primer golpe al mundo feudal que debía morir siglos después en la Asamblea en la noche del 4 de Agosto.

Contemplad bien estos muros que parecen contruidos ayer. ¿No presentan el aspecto de la inimitable firmeza que tiene la justicia de Dios? Fué, en efecto, un gran golpe de justicia revolucionario quien los hizo nacer del suelo. Ese gran justiciero que se llamó el rey San Luis dió el primer ejemplo de la igualdad ante la ley castigando el crimen de un alto barón feudal: el señor de Coucy. Con la enorme multa que le hizo pagar, el rey monge que era Cordelero construyó la escuela y la iglesia de los Cordeleros.

Escuela revolucionaria por excelencia. Ella fué la que en 1300 sostuvo la disputa del *Evangelio eterno* que tanto molestó á los Papas; ella la que presentó el tema: «¿Cristo ha pasado ya?»

Este lugar, verdaderamente predestinado, vió en 1357, cuando el rey y la nobleza fueron derrotados, la primera Convención que salvó á la Francia. Allí el Danton del siglo XIV, Estéban Marcel, preboste de París, hizo crear por los Estados reunidos una casi república, envió á las provincias á los poderosos diputados para organizar requisas, y con audacia cada vez más creciente armó al pueblo con solo algunas palabras, con el memorable decreto que confió al pueblo la guarda de la paz pública. «Si los señores se hacen la guerra, las buenas gentes se defenderán de unos y otros.» Es extraño y prodigioso que transcurrieran cuatro siglos para continuar lo que entonces se inició.

La fe de los antiguos Cordeleros, eminentemente revolucionaria, fué la inspiración, la glorificación de los simples y de los pobres. Hicieron de la pobreza la primera virtud cristiana: poseyeron la ambición de la humildad, no queriendo cambiar por nada su hábito de mendicantes. Verdaderos *sans culottes* de la Edad Media, por su odio á la propiedad, fueron ellos más exaltados que sus sucesores del Club de los Cordeleros y que toda la Revolución, incluso Babeuf.

Nuestros Cordeleros de la Revolución tenían, como los de la Edad Media, una fe absoluta en el instinto de los humildes y los ignorantes: sólo que lo que unos llamaban inspiración divina era llamado por los otros razón popular.

El genio de los Cordeleros revolucionarios, instintivo y espontáneo, todo él inspiración y fogosidad, los separaba profundamente del entusiasmo calculado del sombrío y frío fanatismo que caracterizaba á los jacobinos.

Los Cordeleros, en la época á que hemos llegado en nuestra narración, constituían una sociedad muy popular. En ellos no existía la división de clases que imperaba en los jacobinos entre la Asamblea de los hombres políticos y la sociedad fraternal de los obreros. No había traza alguna en los Cordeleros de comité-directivo ni de periódico órgano del club. No había punto de comparación entre las sociedades. Los Cordeleros eran un club de París: los jacobinos una inmensa aso-

ciación que se extendía por toda Francia. Pero si París vibraba, removida por el furor de los Cordeleros, los revolucionarios políticos, los personajes de los jacobinos no tenían otro remedio que seguirles.

La individualidad se conservó muy marcada en los Cordeleros. Cada uno de sus hombres notables procedía con entera libertad. Sus pe-



BRISOT

riodistas Marat, Desmoulins, Fréron, Robert, Hebert y Fabre d'Eglantine escribían cada uno según su estilo é ideas. Danton, el hablador todopoderoso, jamás quiso escribir: le bastaba la oratoria. En cambio Marat y Desmoulins, que balbuceaban y eran tardos en la expresión, no hacían más que escribir y hablaban raramente.

A pesar de esta independendencia, de este instinto de individualidad, había entre ellos como un alma común, un fuerte lazo que les obligaba á marchar juntos. Los Cordeleros formaban una especie de tribu: todos vivían en torno de su club: Marat en la misma calle, casi enfren-

te de la sociedad; Desmoulins y Freron vivían juntos, en la calle de la Antigua Comedia; Danton en el pasaje del Comercio; Clootz en la calle de Jacob, y Legendre en la de Saint-Germán.

El honrado carnicero Legendre, uno de los oradores del club, era una de las originalidades de la Revolución. Sin instrucción, ignorándolo todo, hablaba con la mayor serenidad, diciendo lo que sentía, entre sabios y literatos, sin fijarse en si sonreían. Hombre de corazón y enérgico, á pesar de su oratoria furiosa, resultaba un ser de tiernos sentimientos. El adiós melancólico que pronunció ante la tumba de Lostaulot el día del entierro de este periodista, superó á los discursos y á cuanto dijeron los escritores, incluso Desmoulins.

Esta fué la originalidad de los cordeleros de importancia: vivir mezclados con el pueblo; hablar siempre con las puertas abiertas, comunicarse á todas horas con la multitud. Algunos de ellos que habían vivido siempre la vida retirada y sedentaria del sabio ó del literato, establecieron su gabinete de trabajo en la calle, escribiendo en plena muchedumbre. Arrojaron los libros y ya no leyeron más que en el gran libro de la Revolución, que escribieron ante sus ojos todos los días con caracteres de fuego.

Creyeron en el pueblo: tuvieron fe en el instinto del pueblo. Al servicio de esta fe y para enaltecerla ante ellos mismos, pusieron gran parte de su talento y de su corazón.

Nada tan original, por ejemplo, como ver en los callejones del Odeon ó de la Comedia Francesa las muestras de ese talento diluido en las masas. Desmoulins se mezclaba con los carpinteros y albañiles que filosofaban en corrillos por la tarde; hablaba con ellos de teología como en otros tiempos lo hacía Voltaire, y maravillado de su ingenio exclamaba: «Son verdaderos atenienses.»

Esta fe en el pueblo hizo que los Cordeleros fuesen todopoderosos sobre el pueblo. Tenían las tres fuerzas revolucionarias: la palabra vibrante y tonante, la pluma acerada y el furor inextinguible: Danton, Desmoulins y Marat.

Tenían los Cordeleros la fuerza, pero asimismo la imposibilidad en la organización. El pueblo les parecía residir por entero en cada hombre. El derecho absoluto y soberano lo reconocían en sólo una ciudad, en una sección, en un simple club, en un ciudadano. Para ellos todo hombre estaba investido de un *velo* contra la Francia. Para lograr mejor que el pueblo fuese libre lo sometían al individuo.

Marat, á pesar de que parecía ciego y furioso, fué el primero en presentir el peligro de este espíritu anárquico. Por esto, anticipándose á todas las soluciones revolucionarias, proponía la dictadura de un tribuno militar y más tarde la creación de tres inquisidores de Estado. Parecía que envidiaba la organización de la sociedad jacobina. En Diciembre del 90 propuso él, imitando á dicha sociedad, la creación de un cuerpo ó cofradía de espías y delatores para vigilar y denunciar á los agentes

del gobierno que se mezclasen en las filas revolucionarias. La idea no obtuvo éxito y Marat solo llevó á cabo su tarea inquisitorial. De todas partes le enviaban quejas y delaciones justas ó injustas, fundadas ó infundadas. Y él lo creía todo y lo imprimía todo.

Fabre d'Eglantine habló de «la sensibilidad de Marat», y esta frase ha asombrado á los que confunden la sensibilidad con la bondad, á los que ignoran que la sensibilidad exaltada puede convertirse en terrible furia. Las mujeres, seres sensibles por excelencia, tienen momentos de sensibilidad cruel. Marat, por su temperamento era femenino, y más que femenino muy nervioso y muy sanguinario. Su médico, Mr. Bourdier, leía su diario, y cuando veía que sus artículos eran más sanguinarios y furiosos que de costumbre, iba á sangrarle inmediatamente sin esperar aviso (1).

El tránsito violento de la vida de estudio al movimiento revolucionario había trastornado el cerebro de Marat, sumiéndole en una especie de embriaguez. Sus falsificadores, sus imitadores que tomaban su nombre, su título de «Amigo del pueblo» y le robaban sus opiniones, no contribuían poco á aumentar su furor.

De nadie se fiaba para perseguir á sus enemigos. El mismo iba á la caza de los que odiaba; los espiaba en las revueltas de las calles muchas veces durante la noche. La policía, por su parte, buscaba á Marat para prenderle y Marat se ocultaba donde podía.

Pobre, miserable y viviendo oculto en reclusión forzosa, exaltábase, resultando cada vez más nervioso é irritable. En medio de sus movimientos de tierna compasión por el pueblo y sus miserias, su sensibilidad enfurecida revelábase en forma de acusaciones atroces, de peticiones de matanza y apologías del asesinato. Sus desconfianzas aumentábanse por momentos; el número de culpables y por tanto de víctimas á las que era preciso guillotinar, aumentábase monstruosamente en su imaginación: el *Amigo del Pueblo* hubiera acabado por pedir el exterminio de todo el pueblo.

En presencia de la naturaleza y del dolor, Marat resultaba muy débil: él mismo declaraba que no podía ver sufrir á un insecto, y desde su mesa de redacción, estando solo, deseaba el exterminio del mundo.

Algunos servicios que prestó á la Revolución, por su vigilancia inquieta, su lenguaje feroz y la habitual ligereza de sus acusaciones, le proporcionaron una deplorable influencia. Su desinterés y su audacia dieron autoridad á sus furiosos; fué un funesto preceptor del pueblo: le sorbió el seso á gran parte de él y lo hizo débil y furioso, á su imagen y semejanza.

Pero por esta criatura extraña y excepcional no puede juzgarse lo que fueron los Cordeleros. Examinar algunos de ellos aparte no sirve para conocer á los Cordeleros en general. Es preciso verlos reunidos en

(1) Así se lo contaba el mismo Mr. Bourdier á Mr. Sevres, el ilustre fisiólogo.

sus sesiones nocturnas, en plena efervescencia, hirviendo en el fondo de su Etna. Intentaré conducir á los lectores: dadme la mano.

Quiero enseñarlos en un día de agitación, en el que estalle entre ellos el genio de la audacia y la anarquía; el día en que oponiendo su *veto* á las leyes de la Asamblea contra la prensa, declararon que *en su territorio* la prensa sería libre indefinidamente y que ellos sabrían defender á Marat.

Cojámoslos en este momento: el tiempo va muy aprisa en la Revo-



THOURET

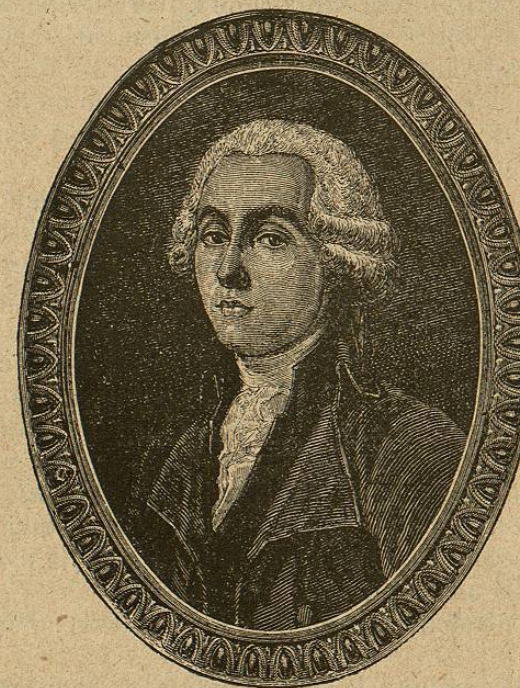
lución y cambiarán rápidamente. Aún conservan algo de su naturaleza primitiva. Que transcurra sólo un año y no los conoceremos ya.

En 1790 aún eran jóvenes: cuatro años después, en el 94, habrán transcurrido siglos para todos ellos.

Marat aún es joven en el momento que os lo presento. Con sus cuarenta y cinco años, su larga y triste carrera, consumido por el trabajo, por las vigilias y las pasiones, todavía es joven, esperando la venganza.

Este médico sin enfermos, toma por cliente á la Francia y quiere

sangrarla. Este físico desconocido se vengará de sus enemigos (1). El Amigo del Pueblo esperaba vengar al pueblo y vengarse á él mismo, siempre despreciado y maltratado. Por fin comienza su día. Nada detendrá á Marat; huirá, se ocultará, llevará de cueva en cueva su pluma y su prensa de imprimir. No verá más la luz del día. En esta sombría existencia una mujer se obstina en seguirle, la esposa de su impresor, que ha abandonado á su marido para hacerse la compañera de ese ser que está fuera de la naturaleza, fuera de la ley, fuera de los rayos del



DUPORT

sol. Sucio, hediondo, pobre, ella le adora sin embargo: á una existencia tranquila en plena vida, prefiere ser en el fondo de la tierra la criada de Marat.

¡Generoso instinto de las mujeres! Este instinto es el que da en el mismo momento á Camilo Desmoulins su seductora y deseada Lucila.

(1) Ya profundizaré este carácter. No hablo aquí mas que del Marat exterior, del Marat Cordelero, del Marat del 90. En el capítulo IX mostraré cómo el terrorista científico que quería exterminar á Newton, Franklin y Voltaire, acabó en terrorista político. Más tarde hablaré del exterminador del 93.